

SECCION BIBLIOGRAFICA

RECENSIONES

LUIS SÁNCHEZ AGESTA: *España al encuentro de Europa*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1971; 365 págs.

El tema de Europa sigue rabiosamente de actualidad y, bien se podría decir, presenta una inmarchitable juventud. Difícilmente existe un pensador, un político, un sociólogo o un economista que haya alcanzado algún renombre en la disciplina que cultiva que, inmediatamente, no se haya sentido obligado a mostrar su parecer sobre la problemática europea. Y es que, como ha señalado un eminente profesor español, acontece que «Europa es un inmenso laboratorio de ideologías». Sobre Europa contamos con toda clase de libros, es decir, profundos y superficiales, audaces e ingenuos, risueños y dramáticos, humanos e insensibles. Europa, en suerte o en desgracia, parece admitirlo todo. Ahora bien —y conviene tener muy presente esta afirmación—, Europa —como ha escrito Bernard Voyenne (1)— no tiene fronteras, pero sí una fisonomía del todo inequívoca. No tememos añadir —a pesar del abuso que se ha hecho de esta imagen— que tiene un alma. Este es su tesoro inconquistable, y la fuente de su energía. Todo lo demás, apariencias y vestido. En absoluto accesorios, sin embargo, ni indiferentes. Por vestido entendemos su carne y por apariencia su mismo ser. No existe una idea si no es encarnada en una realidad, la que trasciende, y de la que, por tanto, no puede prescindir. Inversamente, es algo imanente al dato real, se desprende de él, lentamente, como el fruto de la semilla.

Tengamos también muy a la vista, así nos lo aconseja el autor anteriormente citado —y esto nos ayudará muchísimo a comprender la razón esencial de las páginas que debemos al profesor Sánchez Agesta—, que el mapamundi no define a Europa, ni la raza, ni la lengua al europeo. Lo que

(1) BERNARD VOYENNE: *Historia de la idea europea*. Nueva Colección Labor. Madrid. 1969, págs. 5 y sigs.

explica al europeo es cierta fiebre espiritual, una pasión por la aventura y la organización, una curiosidad, una inquietud. Una llamada, surgida de profundidades ignotas no ha cesado nunca de solicitar sus oídos, conduciéndole a milagrosos descubrimientos y, a veces, a locuras que le han llevado a las puertas de la destrucción. El hombre europeo de Ulises, solicitado alternativamente por la perdición y la salvación, sucesivamente rebelde y sumiso, fiel y alegre, sucumbiendo a la menor seducción y, con todo, obstinado en sus intentos, conduciendo con firmeza la nave del ser entre las aguas del acaecer, es el olvidadizo Ulises y la Penélope que le espera. La diversidad, el abigarramiento incluso, se leen en el suelo europeo. No se conseguirá hacerlas desaparecer en provecho de cualquiera unificación arbitraria. Pero la unidad, la unidad viva y cálida, reside en el espíritu, sólo allí. Y, sin duda, el espíritu no se alcanza al primer intento. La incesante, la insaciable persecución de su unidad de vocación a través de las dolorosas fragmentaciones de su destino: ésta es la historia de Europa. Terribles embates de dispersión y de odio, alternan con hitos de equilibrio triunfal. Su historia no ha sido escrita por santos: la codicia, la venganza, la divagación, son más numerosos que el puro amor.

Cuanto antecede, en efecto, justifica más que sobradamente la bella fórmula expuesta por el profesor Fueyo Alvarez (2) de que, quiérase o no; «Europa es un inmenso laboratorio de ideologías». Esta fórmula, subraya el ilustre pensador, es lo que permite subrayar que Europa, a diferencia de otros continentes, ha hecho auténticas ideologías. Porque una cultura de la sobrenaturalidad, que aspira a la dominación de la naturaleza; una cultura de la personalidad, una cultura de creación política sobre valores absolutos y una cultura que orienta el desarrollo histórico hacia una meta es, forzosamente, en su modo de crear su política, una *cultura ideológica*. Es decir, una cultura en la que el poder no se expresa y se define por sí y ante sí, sino que se justifica y legitima ideológicamente. Y esta justificación y legitimación del poder es probablemente lo que sirve de eje a la antítesis, para mí total, de las formas políticas, la antítesis que se puede y debe establecer ante *autocracia e ideocracia*.

En definitiva, como es bien sabido, la creación de la estructura política de Europa no ha sido fruto de la improvisación: Europa se ha construido mediante una profunda reflexión. Los Estados europeos, señaló ya en el siglo pasado Guizot —un hombre que se preocupó enormemente de estudiar algunos de los problemas más significativos de Europa—, siempre han sido

(2) Colección de artículos: *Europa en el mundo actual*. Delegación Nacional de Organizaciones del Movimiento. Madrid, 1963, págs. 190 y sigs.

conscientes de su destino histórico. Europa, y no es preciso insistir demasiado en este extremo, ha tenido siempre grandes problemas que vencer. Así, por ejemplo, podemos enumerar los siguientes:

- a) Problema de la libertad.
- b) Problema del desarrollo social.
- c) Problema de la renovación de las clases sociales rectoras.
- d) Problema de la sustitución de los ideales sociopolíticos.
- e) Problema del desgaste de la democracia.

Por otra parte, tampoco es necesario profundizar en esta cuestión, las fases esenciales de la arquitectura política pueden quedar resumidas de esta forma:

- a) Epoca del imperio de la religión.
- b) Epoca del imperio de la razón.
- c) Epoca del imperio de la economía.

En conclusión, la gigantesca utopía europea ha consistido siempre, a través de los siglos, en alcanzar la siguiente e inexorable posición: «Europa es el intento de realizar absolutamente el nombre al máximo de sus posibilidades y por eso la cultura Europea es, por esencia, la cultura del humanismo, en su virtud y, también, con sus delirios». El mito europeo no es, en el fondo, otra cosa que el deseo de la europeización de la vida, la europeización de todas las civilizaciones. Penetremos, pues, ahora, en las sugestivas páginas del nuevo libro que acaba de escribirse sobre Europa.

Lo primero que nos hace ver el eminente profesor de la Universidad Autónoma de Madrid es que Europa está compuesta por naciones y, naturalmente, la nación tiene en sí un valor inconmensurable, a saber: la nación forja la lealtad, el crédito y la confianza en que se funda el poder. Mandar es encontrar obediencia. Y se obedece a quien representa a la nación y defiende sus intereses en el ámbito interno y externo. La doctrina de la soberanía —señala el autor (pág. 8)— nacional, en el orden interno, y la doctrina de la defensa y seguridad de las naciones, en el campo de las relaciones internacionales, son dos principios básicos de la legitimación del poder en el mundo contemporáneo. La independencia de las naciones está tan íntimamente vinculada a estos principios que es difícil desentrañarla de ellos. Y esta independencia, que es uno de los motores fundamentales de la acción política contemporánea, está en difícil equilibrio con los propósitos de cooperación supranacional.

La nación —hace el autor especial hincapié en este punto— es una creen-

cia y un sentimiento de cohesión formado por la participación en bienes comunes. Estos constituyen un patrimonio nacional, desde una base geográfica y una lengua, a un orden económico y una tradición y una esperanza de futuro. La nación aparece así como conformadora y benefactora de los miembros de una comunidad nacional. Quienes pertenecen a una nación encuentran en ella un orden pacífico para el disfrute del bien humano y un cuadro social en que se desenvuelve su personalidad por la participación en los bienes materiales y por la expansión difusiva de los bienes culturales y espirituales. El bien común se construye así dentro de los límites de una comunidad nacional y se identifica con el bien mismo de la nación. Por eso la nación se identifica con ese bien público nacional, en que modela su propia identidad y proyecta ese bien nacional en la arena polémica de los conflictos internacionales.

Para el profesor Sánchez Agesta sobre Europa impera un mismo denominador común: los pueblos sobre los que se está construyendo o se puede construir Europa tienen un rasgo común (pág. 11): todos ellos tienen una propia tradición histórica cultural que tiene puntos de contacto y parece fundirse en ese hecho que llamamos la cultura y la civilización cristiana occidental. Estas culturas, a partir del Renacimiento, se han expresado en lenguas diversas; pero estas diferenciaciones lingüísticas, con ser importantes, parecen haberse superado en el plurilingüismo del hombre culto europeo y en la práctica de lo que humorísticamente se llama en las reuniones europeas «el mercado común de lenguas», esto es, el uso indiscriminado de estas lenguas, superando como medio de expresión el *handicap* de traducir nuestro pensamiento a una lengua extraña y utilizando, en su caso, los medios auxiliares de traducción, cuando la ocasión o las circunstancias lo exigen. De otra parte, las diversas tradiciones culturales tienen no sólo un origen común, sino puntos de contacto y cualidades complementarias, como los acordes de una sinfonía. La gran tarea abierta a nuestra generación es, por eso, comprender generosamente las disonancias y destacar aquellas tradiciones con las que puede constituirse un patrimonio cultural común y aquellas empresas comunes, maduras para lo que Schumann llamó una *integración selectiva*.

Para el profesor Sánchez Agesta, si se desea la auténtica integración de las naciones europeas, es preciso proceder, cuanto antes, a la superación de cualquier matiz que perviva del nacionalismo. Ciertamente —escribe (pág. 14)—, la idea de nación ha absorbido y fundido, como en la masa de un almirez, lo que hay en todas esas ideas de comunidad participante de todos los hombres de un pueblo en un orden de justicia que contribuya a realizar el desenvolvimiento personal de cada uno de sus miembros. El bien nacional se implica indisolublemente en la soberanía nacional y supone una participación de todos en las decisiones, en los esfuerzos y en los goces, de acuerdo con una nor-

ma de justicia social que realice la dignidad de cada hombre. La afirmación helénica de la razón y la belleza insertas en la constitución de una comunidad humana; la creación jurídica de los romanos, con una misión educadora de civilidad; la luz derramada por el cristianismo sobre la trascendencia de la persona humana, y la libertad e igualdad de los hombres, están en la raíz de casi todas las grandes naciones europeas. Estos valores han tomado nuevos sentidos en las diversas culturas nacionales europeas. La literatura de cada uno de estos pueblos ha alzado sobre esos valores los grandes mitos europeos. Hacer el balance de estas contribuciones a un acervo cultural común es descubrir y afirmar los cimientos y los muros maestros de Europa. Así, es como creo que pueda superarse el nacionalismo de los pueblos europeos, en la medida en que centremos la historia en un afán de destacar aquellos valores universales que giran en torno de una Europa que asumió durante siglos la grave responsabilidad de orientar la historia humana, con una benévola comprensión para lo peculiar y centrífugo.

En todo caso, para el autor de este libro es evidente, piénsese lo que se quiera, que la integración europea está en marcha. La integración europea —nos dice (pág 16)— es hoy una obra en marcha con estructuras políticas y jurídicas que están resistiendo la prueba del tiempo a lo largo de cuatro lustros. Es también bastante claro que España está aún, hoy por hoy, al margen de esas estructuras, aunque se encamina hacia ellas.

Lógicamente, antes de profundizar en algunos de los grandes temas que hoy son rabiosa actualidad en el panorama socio-político europeo, el profesor Sánchez Agesta se hace la obligada y eterna pregunta: ¿Qué es Europa? Cuando, cada día —escribe (pág. 18)—, la prensa nos habla de la defensa de Europa, de la unidad europea o de los problemas europeos, no podemos menos de hacernos esta ingenua y tremenda pregunta: ¿Qué es Europa? Ingenua, porque Europa está ahí, dibujada como una pequeña y trascendente parte del mundo en los atlas que cubren las paredes de una escuela elemental; tremenda, porque todos sabemos también que esa Europa de que se habla tiene poco que ver con el espacio geográfico a que tradicionalmente aplicábamos ese nombre. Es más, Europa es algo inconcreto que rebasa no sólo las claras unidades de la naturaleza, sino los mismos perfiles que traza la mano o el espíritu del hombre. No parece, desde luego, una unidad política, ni estamos muy seguros de que sea una unidad de raza, y es bien patente que no es tampoco una unidad de lengua o de religión.

La respuesta a la interrogante que antecede acaso queda contestada, a nuestra forma de ver, páginas más adelante (pág. 24) cuando el autor, precisamente, nos indica que Europa ofrece ejemplos de todos los sistemas. Pero, pese a esta diversidad todas estas formas guardan entre sí un cierto parecido,

un cierto aire de familia que es imposible desconocer. Al mismo tiempo, todas estas ideas en lucha se modifican, se incluyen y se limitan recíprocamente, desenvolviendo un equilibrio que representa un proceso de progreso. En el conjunto de los pueblos europeos está equilibrada una variedad prodigiosa y una cierta unidad de civilización. Por eso su historia, subraya admirablemente el autor de este libro, no puede buscarse en un solo país; es necesario investigarla en los distintos pueblos europeos.

Piensa el eminente profesor de la Universidad Autónoma de Madrid que Europa (pág. 31) ha sido una entidad histórica y, como tal, formada en el tiempo en fechas incluso que pueden señalarse con cierto margen de precisión. Una serie de hechos históricos la han determinado y modelado. Hecho capital ha sido la proyección del cristianismo, en un medio histórico que había sido preparado por la cultura griega, el sentido político civilizador de los romanos y las instituciones de los pueblos germánicos. Cuando estos elementos varios aparecen fundidos en el crisol del espíritu cristiano, estamos en presencia de Europa: el siglo XII es la fecha aproximada de esta madurez. Como se ha dicho con expresiva llaneza, Europa es un edificio que, sobre un solar geográfico y una cimentación prehistórica, alza una planta baja helénica; un piso romano, un piso germánico, y sobre éstos, remontándolos, un tejado cristiano. La esencia de este producto, nos indica el profesor Sánchez Agesta, ha sido una civilización, entendiéndolo por civilización, de una manera muy general, formas de vida social, a diferencia de una cultura que supone también las creencias artísticas o científicas sujetas a las leyes immanentes del espíritu.

Ahora bien, piensa el autor de este libro (pág. 50), una Europa fundada en valores humanos universales encierra en sí misma una paradoja: su limitación. Pone un límite a una concepción universal de la Humanidad. Esta es una razón que es necesario ponderar ante toda construcción de Europa como una supernación o un superestado, que en el fondo supone la afirmación enmascarada de un nacionalismo europeo, que proyectaría sobre el mundo la superioridad de los valores europeos. Una Europa, tal como la concebimos, tiene que estar abierta a la Humanidad, no como afirmación retórica sino por su misma estructura política.

Evidentemente, a nuestro modesto parecer, uno de los capítulos más interesantes de este bello y profundo trabajo es el referente a la mutua influencia que Europa ha supuesto para España y, por supuesto, España para Europa. El autor, al llegar a este tema, maneja toda una serie de interrogantes difícil de contestar, a saber: ¿Qué ha recibido España de Europa? ¿Qué ha significado España para Europa? ¿Es que podemos comprender a España sin Europa y a Europa sin España? La respuesta a tanta interrogante la encontramos, una vez más, páginas más adelante. Cuando, precisamente, el profesor Sánchez

Agesta aborda el análisis de la crisis hispanoeuropea del siglo XVII —página 115—. La comprensión de este enfrentamiento —nos indica el autor— político cultural entre España y Europa en el siglo XVII, como un choque entre las ideas y las realizaciones de dos conceptos de Europa, es un hito esencial para comprender ese movimiento pendular de aislamiento y ecumenicidad que destaca certeramente Díez del Corral. Fue, de hecho, un contraste histórico profundo, que deja huella duradera. El comprenderlo así es necesario para entender muchas peculiaridades políticas de nuestra historia y de esa tensión con la historia de Europa con que se constituye un nacionalismo religioso español. Es inútil pretender ignorar el hecho. Ese nacionalismo religioso domina la historia española durante dos siglos. Hay razón de Estado, había dicho Rivadeneyra. Pero no una, sino dos; una que persigue el éxito temporal, y otra que se propone el triunfo de la *justicia* y de la *religión*. Y, fueran cuales fueran las impurezas con que este ideal se mezcló en la realidad, fue una norma viva de la política internacional de España desde que se endurecen las posiciones en la polémica de la Contrarreforma.

Es obvio, y así nos lo indica el autor de este libro —págs. 118 y siguientes—, que las voces de difamación e injuria, que se disparan desde una parte de Europa contra la Monarquía hispánica, hacen nacer una actitud de aislamiento y recelo frente a una Europa enemiga de España. Esta actitud es ya patente en testimonios literarios de los primeros años del siglo XVII, y crece en la angustia opresiva de la España decadente del reinado de Carlos II, hasta llegar al siglo XVIII como una creencia vulgar de que lo extranjero —y lo extranjero en esas fechas vale tanto como decir lo europeo— es peligroso, nocivo y hostil a España.

Tratando de aclarar posiciones el profesor Sánchez Agesta subraya —página 142— que lo que España recibió y discutió a lo largo del siglo XVIII de Europa fue la idea, y nos atreveríamos a decir que el sentimiento de progreso. Progreso en el dominio del hombre sobre la naturaleza, en el saber y en la ordenación de las relaciones sociales.

¿Qué recibió Europa de España? La cosa, a nuestro parecer, está bastante clara: el concepto de honor, de la dignidad, de la hidalguía. En efecto, el profesor Sánchez Agesta no duda en afirmar que la hidalguía constituye una realidad social netamente española —pág. 171—, sin equivalente en la historia ni en el lenguaje de otros pueblos fuera de la Península. El hidalgo surge en España socialmente, como una última capa de la nobleza, sobre el villano, el moro y el judío. El hidalgo, comprendido a veces como una generalización de la nobleza, se idealiza en el pensamiento español, quizá por influjo de la idealización misma del ingenioso hidalgo Don

Quijote de la Mancha. La hidalguía es, considera el autor de estas páginas, uno de esos conceptos peculiares de un pueblo que, sin adquirir una dimensión universal, se integran sin violencia en la armonía y en el desarrollo de una cultura más amplia que la del país en que han nacido. Sin embargo, la innegable tensión polémica entre España y Europa ha matizado esa noción de hidalgo, hasta darle a veces tintes agresivos diferenciales entre lo español y lo europeo. Los dos estudios contemporáneos más serios nos ofrecen, señala el autor, dos imágenes diversas de la hidalguía, en ambos casos descrita como una peculiaridad del espíritu español. García Valdecasas traza un concepto ideal de la hidalguía; Américo Castro apunta a un realismo sociológico, desde su peculiar interpretación de la historia de España. Pero los dos tienen de común su voluntad de definir un hecho peculiar de la historia de España.

Quizás, a nuestro parecer, otra de las grandes enseñanzas que España a proporcionado a Europa radica en el arraigado concepto de la defensa de la nación —especialmente a lo largo de los siglos XIX y XX—. El concepto de nación, entre nosotros, tiene, en efecto, un innegable matiz revolucionario. En el siglo XVIII concretamente, el sentido del nacionalismo español alcanza una de sus más altas cúspides. Lástima, como muy bien dice el profesor Sánchez Agesta —pág. 197—, que hoy tengamos quizá embotada la sensibilidad para comprender la novedad y la transcendencia de esta afirmación —«el derecho de las naciones a disponer de sus destinos y a no someterse a un poder extranjero»—, precisamente porque se ha convertido en un tópico político a lo largo de la historia de los siglos XIX y XX. Pero en aquellas fechas —el autor hace referencia a las Cortes de Cádiz— esta afirmación, medio entendida por los mismos que la formularon, constituía un nuevo principio sobre el que se iba a reconstruir una nueva Europa. Por eso la guerra de Independencia española es algo más que unas dificultades de los ejércitos de Napoleón, aprovechadas por el Gobierno británico, y se convierte en el símbolo de las independencias de las naciones europeas.

Llega el autor a la conclusión, luego de examinar otros muchos temas de importancia primordial —a los que no hacemos referencia por razones de economía de espacio—, de que el siglo XVIII representa una revisión crítica que, de una parte, se enfrenta a esta deformación del pensamiento español en el siglo XVII, y, de otra, trata de incorporarse a la nueva actitud científica del mundo europeo y a la revisión de valores que prepara la revolución del nacionalismo liberal en el siglo XIX. El siglo XIX, nos dice (pág. 357), en España como en la Europa continental, es el nuevo siglo de las naciones. Pocas veces se ha mencionado tanto a Europa como valor último en la civilización. Pero pocas veces ha estado Europa más profundamente dividida en

su espíritu por la fuerza con que la conciencia nacional va a individualizar a los pueblos europeos como partes de una Europa que cifra su misma grandeza en esa pluralidad de culturas nacionales y en la organización política independiente de las naciones. Ciertamente —subraya el profesor Sánchez Agesta—, la nación es concebida en un primer momento, en la doctrina de la soberanía nacional, como un fenómeno de la conciencia y de la voluntad de sus miembros. Pero frente a este concepto, progresivamente va a afirmarse otro que la considera como un contenido natural o providencial, independiente de la voluntad humana. Para este segundo concepto las naciones son un organismo vivo, no un desarrollo, y apenas un legado histórico.

La fecha de 1898, señala el autor de este libro (pág. 360), fue un nuevo llamamiento a una reflexión crítica sobre la historia de España en los niveles de la historia de Europa. Y la literatura vinculada a esa fecha significa una revisión del pensamiento español. Hay desde esa fecha un viraje profundo en la historia y en el pensamiento español. Este pensamiento tiene un fundamento muy distinto del peculiar de la escuela del siglo XVI. Es, en parte, pensamiento radicalmente secularizado, no sólo en el sentido de que esté distante de la fundamentación de teología moral de aquella escuela, sino porque se enfrenta a los hechos y a los temas históricos desde hipótesis y teorías de una filosofía secularizada de la existencia humana y de su despliegue en la historia.

El libro que nos ofrece el profesor Sánchez Agesta es un modelo de deliciosa objetividad, de prudencia, de ecuanimidad y, sobre todo, de agudeza doctrinal. En las páginas de este libro tenemos algo más que un diagnóstico socio-político sobre los principales problemas que, a lo largo de diversas etapas, han ido condicionando la estructura actual de la Europa que todos conocemos —que creemos conocer—. Una Europa que ha conocido maravillosos períodos de esplendor, pero que, al mismo tiempo, también ha conocido épocas enteras de decadencia absoluta. Precisamente, pensamos, la decadencia de Europa, social y política, se inició al abandonar el camino de la razón, el ejercicio de la reflexión, y penetrar por los deshumanizados caminos de la técnica, del progreso material. Es entonces cuando, acaso para salvar la cultura europea —mejor sería decir la filosofía—, Nietzsche lanza su idea sobre el «superhombre». La idea del «superhombre» no es, como se ha pretendido ver, una especie de especulación, a la manera darwiniana, sino fundamentalmente la idea de que se ha llegado a la ultimidad al final de un tipo humano que es justamente la expresión vital de ese proceso que va de la Europa de la fe, de la Europa de la razón a la Europa de la técnica, es decir, de la nada.

Digamos, finalmente —creemos que esto tiene alguna importancia—, que

Europa, desde la perspectiva política, ha llegado a su total decadencia al permitir, como alguien ha dicho, la construcción, fuera de Europa, de la Sociedad de Naciones. Es curioso, sin embargo, y muchísimas de las páginas del libro del profesor Sánchez Agesta lo revelan espectacularmente, el hecho de que Europa, por el momento, no ha perdido nunca la esperanza de volver a ejercer su autoridad política. Cara a la anhelada integración, con la que España evidentemente sueña, es preciso subrayar que el día está aún lejano. Y la causa de ese ritmo lento en orden a la integración fue, hace muchos años, señalada por Ortega. La conciencia europea nada tiene de instintivo y parece que jamás haya existido un patriotismo europeo. De aquí que el proceso de integración sea lento, perezoso y desesperante.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

JUAN ANTONIO DEL VAL: *El inconformismo de la juventud*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 1971: 175 págs.

Conocer las causas permite diagnosticar y aplicar los remedios. Pararnos cómodamente en la contemplación, crítica o lamento de los efectos sin querer remontarnos a la investigación de sus causas, no nos daría nunca un conocimiento cabal de un hecho. Y el inconformismo de la juventud es tan patente como fenómeno mundial, tan presente a veces en acciones grupales de agresividad, que denuncia los fallos de algo o de muchas cosas, acaso de nuestro mundo civilizado. Y esta denuncia juvenil —en la que los estudiantes ofrecen índices más altos— será positiva si por su dosificación cuantitativa y cualitativa nos obligase a todos —jóvenes y adultos— a una revisión dinámica y realista de toda la estructura social. Pero será paralizante si, por su radicalismo, rompiera la continuidad de la vida, pretendiera empezar la historia humana a partir de cero o condujera a la situación confusa del nihilismo.

El libro que presentamos, cuyo autor, obispo auxiliar de Sevilla, es buen conocedor de los problemas de la juventud actual (ya en su obra *Introducción a la Pastoral*, Madrid, 1967, se había ocupado de la juventud) es una exposición de las vertientes positivas de los movimientos contestatarios de los jóvenes de hoy; una reflexión «sobre la índole y génesis de la discrepancia juvenil, sobre los cauces de adaptación de los jóvenes al mundo civilizado, sobre el valor revisionista y límites del transformismo de la juventud actual». Y todo ello referido principalmente a España, en donde distingue el autor las generaciones de jóvenes que hacen historia: los de quin-

ce a treinta años, e incluso de treinta a cuarenta y cinco; estas generaciones de jóvenes «construyen y tratan de imponer sus vigencias o interpretaciones de la vida». Y las vigencias de estas generaciones jóvenes —como toda vigencia— se ejercen desde la sociedad y a través de la sociedad. Y, además, es inevitable contar con ellas.

Para este análisis de las vertientes del inconformismo de la juventud, el autor divide el libro en varios capítulos en los que va exponiendo «lo que quieren los jóvenes con sus vigencias», y la «reflexión crítica» que cada una de estas vigencias sugiere al autor, en cuya exposición es netamente objetivo al recoger lo que tienen de positivo y en lo que creen tienen razón, y haciendo también aquellas recomendaciones que, conocidas las causas, pueden aportar el remedio a los males denunciados o a las aspiraciones atendibles.

Habla, en primer lugar, de «lo que quieren los jóvenes con sus vigencias inconformistas», lo cual puede inscribirse, según el autor, en un inconformismo menor —que es el de la mayor parte de los jóvenes españoles—, y un inconformismo desorbitado y anómalo que sólo parte y conduce al nihilismo.

Los jóvenes con sus vigencias inconformistas «quieren protestar contra la construcción de la sociedad técnica actual»; quieren «avisarnos de las dimensiones subvertidas de nuestra cultura»; quieren «interpelarnos sobre el desfasamiento de estructuras e instituciones»; manifestarnos «el orgullo propio de quien descubre y estrena historia», y «expresar su vigor adolescente».

Como puntos de reflexión, afirma el autor que los jóvenes actuales «deben ser aceptados, comprendidos y amados —como son— por los adultos». Desde esa base ineludible hay que partir. Debe, asimismo, reconocerse por los adultos «el lado positivo de las vigencias de los jóvenes» (lo que éstas tienen de interés humano, de valoración de dignidad del hombre, de mensaje vital, eficaz, honrado y de valor comunitario) y responder dentro de esta problemática, sinceramente, lealmente, a sus acusaciones reales. Ha de «tomarse conciencia del mutuo enriquecimiento que acompañaría al contacto vital y apertura entre las generaciones adultas y jóvenes», enterándose a fondo de las formas en que debe ser ejercida la autoridad, lo cual comprende «la capacidad para el diálogo y su praxis». O dialogan las generaciones adultas y jóvenes —dice el autor— o brota un desdoblamiento radical, escisión profunda, ambivalencia «esquizofrenóide» de la sociedad con la simultánea copresencia —más o menos— de pensamientos, juicios, sentimientos y tendencias contradictorias y disociadas y consiguiente masificación angustiosa del desarrollo histórico de esta hora (pág. 38).

Pero no es tan fácil el diálogo ni todos tienen «capacidad para dialogar». No pueden dialogar «los adultos que hayan caído en una actitud cerradamente inmovilista», ni «los jóvenes con inconformismo desorbitado, anóma-

lo» (que el autor reconoce que son minoría en España). Por el contrario; «pueden y deben dialogar» los adultos con apertura de la mente elemental y los jóvenes (mayoría en España) con talante menor de inconformismo. Y el diálogo entre generaciones crea la sociedad futura, síntesis cristiana, responsable y trascendente, sociedad más pluralista y comunitaria a la vez, más socializada y libre.

Pero, por otra parte, los jóvenes —cuando ya hay que cederles el paso por haber llegado su hora— deben insertarse en el mundo por una *evolución*: no se puede partir de cero. No se puede destruir todo por la *revolución*. No se puede romper abruptamente con las otras generaciones, sería romper la unidad para imponer por la fuerza un monopolio inadmisibles de la verdad. Por ahí anda la tentación de la violencia.

El inconformismo anómalo de la juventud, puede tener, según el autor, entre otras, las siguientes expresiones: uso y secuelas de drogas estupefacientes que obnubilan la conciencia; reacciones turbulentas primitivas y encolerizadas sin sentido o razón obvia (incendios, daños en establecimientos industriales o comerciales, demoler señalizaciones, molestar transeúntes y tantas otras que nos son bien conocidas a todos, en todas las latitudes, en estos últimos años); vida intensa en agresividad como fuerza vital; prisas raras e injustificadas; acción por la acción; superficialidad generalizada; grupos extravagantes (indumentaria, música, etc.).

Sobre este inconformismo anómalo y desorbitado de ciertos grupos de jóvenes, minoritarios en España, el autor ha hecho una interesante encuesta entre casi una cuarentena de psiquiatras a los que ha sometido estas dos preguntas: génesis de los fenómenos anómalos de la juventud y orientación —terapia— de dichos fenómenos. La complejidad del fenómeno hace pensar —al pretender explicarlo— en factores psicológicos, económico-sociales, familiares, de vacío y subversión de valores, culturales, etc., y así lo hacen los profesionales consultados. Y las terapias de dichos fenómenos son también psicodinámicas, de adecuación a la verdadera escala de valores, socio-económicas, familiares y culturales.

Lo que quieren los jóvenes con sus exigencias concretas sobre vida laboral, familiar, religiosa, cívico-social y vida de expansión, sugieren al autor algunas reflexiones que analiza y expone documentadamente. El talante concreto de los jóvenes —dice— es un poderoso instrumento que debe ponerse al servicio de una existencia eficaz y un rápido ascenso masivo.

Hoy más que nunca hacen falta los científicos, los expertos, los técnicos con voluntad e ímpetu. Hace falta un concreto estar y actuar en el mundo. Pero el pensar concreto «no puede hacerse sinónimo del pensar materialista, monodimensional. Es preciso sostener en los jóvenes el interés por las cien-

cias del espíritu, ya que de lo contrario se produciría un desfasamiento entre aquéllas y las fuerzas de la naturaleza». Por otra parte, el científico, el experto, el técnico, «deben ser iluminados, inspirados y también impulsados por las ideas básicas sobre el hombre y sus dimensiones totales». Este es el gran fallo y lo que suelen olvidar esos mismos que critican la sociedad materialista actual: la formación integral del hombre y sus «dimensiones totales». Critican duramente una sociedad de consumo para dejarse querer del bienestar material que les suministra y aprovecharse de sus ventajas indudables (sabido es que se hace este reproche, y muy justificadamente, a los dirigentes de esos grupos «protestatarios», por ejemplo, a Marcuse).

Por lo que se refiere a lo que quieren los jóvenes con sus vigencias biológicas, éstas «tienen de positivo la nota de irrupción vital, alegre, en la estructura social española por parte de nuestros jóvenes», y esta irrupción nos descubre algunos perfiles suyos: la marea vital y dinámica que se expresa por la euforia que sienten los jóvenes por la velocidad con modos tumultuosos de vida. Esta expresión dinámica de la juventud —como vigencia suya— «forma parte de la aceleración de la historia en que vivimos». Y, ciertamente, nos parece exacta esta apreciación del autor, ya que el hombre de hoy anda disparado, y esa velocidad y euforia de la acción humana tiene, a veces, aspectos de evasión, vértigo, huida, y en casos extremos presenta notas de síndrome delirante. Pero los jóvenes que viven esta vigencia de un modo normal —no estridente ni disparatado— «han dicho sí a la vida, a la alegría y a todo lo positivo que ella presenta». Lo que pasa es que esta juventud de ahora no coincide siempre en sus proyectos concretos con los de los adultos.

Claro que además de estos jóvenes con vigencia biológica positiva, «se dan otros jóvenes que viven su vigencia biológica en planos más desenfocados, que irrumpen en la vida con detonaciones y escándalos selváticos y animales». Contra estas vigencias biológicas desenfrenadas arremete en sus reflexiones críticas el autor con unas atinadas observaciones sobre los aspectos positivos del amor (que no es erotismo ni pornografía), del ocio (que no es ociosidad ni vagancia), del deporte ordenado sin desorbitar su valor tantas veces encomiado si ha de servir para fomentar un espíritu fuerte y unas virtudes de convivencia y compañerismo sano.

Lo que quieren los jóvenes con sus vigencias socializantes es una aspiración a una mayor «participación» en todos los aspectos sociales. Y esta vigencia positiva de la juventud encuentra hoy su expresión y expansión en el fenómeno de nuestro tiempo, la socialización. Pero la socialización tiene, no obstante, sus riesgos (ya previstos por Pío XII y reiterados por Juan XXIII en la *Mater et Magistra*) de despersonalización y de masificación, y aunque

este riesgo no es sólo de la juventud, «el joven de la actual masa se encuentra en una orientación receptiva y mercantilizada, es dependiente de las planificaciones e inseguro». Y todo esto le hace gastar mucho de su energía en el intento de compensar su inseguridad y su ansiedad.

Son muy interesantes las reflexiones que hace el autor sobre estas vigencias socializantes de los jóvenes. Es precisa —dice— una «síntesis de libertad y socialización», de libertad y autoridad, de orden y de justicia social, lo que «exige una fundamental educación de todas las generaciones». Los jóvenes «han de ser educados ordenadamente en la libertad y aspectos sociales que exige el cristianismo, pues ha de salvarse la libertad en el futuro de los regímenes más o menos socializantes» (pág. 119). Han de ser educados en la libertad (amplia, pero siempre limitada) y en la socialización (asociaciones que no despersonalicen al hombre). Como medio adecuado y concreto a estos fines de educación y formación, «la encíclica *Populorum Progressio* debe hacerse pensamiento y acción de los jóvenes si quieren vivir la síntesis futura de libertad y socialización».

Los jóvenes con sus vigencias universalistas giran sensiblemente hacia los temas relacionados con la integración de naciones, sobre todo, europeas. Estas vigencias de la juventud tienen proyección internacional, tienden a horizontes cada vez más vastos. El espíritu fraternal, de pueblos hermanos, en la estimativa de la juventud, tiende hacia una universalidad pluralista, aunque a veces presentada con expresiones utópicas.

Sólo reflexiones positivas le merecen al autor estas vigencias universalistas, que encuentran en el precepto cristiano del amor la más certera expresión. No esa vacía y hueca «paz universal» o «pacifismo» a toda costa aun a trueque de los más respetables valores superiores, ni esa «fraternidad» laica que une en la discordia, la «protesta» y la «revolución» para atentar contra la libertad y los derechos de los demás, que también quieren y tienen derecho a la libertad bulliciosamente propugnada. Coexistencia, convivencia y verdadera fraternidad en el amor es el itinerario ascendente en que debe terminar, y la meta a que deben aspirar esas vigencias universalistas de la juventud.

Por último, las vigencias religiosas de los jóvenes, conocidas por numerosas encuestas y «manifiestos» de la juventud, piden a los jóvenes una fe «que se encarne en las realidades de la vida», una mayor eficacia social de la Iglesia («en estas peticiones se oivida, tal vez, de la eficacia evangelizadora de la Iglesia»); piden sacerdotes presentes en sus realidades y no sólo hombres de culto. En una palabra, los jóvenes piden una proyección concreta de la religión en la vida, y reclaman también una pastoral de juventud dentro

de una pastoral de conjunto. La vigencia concreta de los jóvenes proyectada hacia la religión, pide hechos religiosos y compromisos.

Pero si los jóvenes quieren una religión sin abstracciones pietistas, y pretenden su compromiso con la historia y con el mundo, es preciso e ineludible que ni ellos ni sus educadores partan de cero, sino que en la comunidad educativa a la hora de impartir una educación y formación religiosa, cuenten los padres de familia, los educadores, la Iglesia y la sociedad. Y que la relación educador-educado promueva el desarrollo de la personalidad de éste, ayudándole a que sea él mismo quien construya su propia personalidad.

LOPE S. CALDERÓN DE AYALA

WOLFGANG ABENDROTH y KURT LENK (editores): *Introducción a la ciencia política*. Editorial Anagrama. Barcelona, 1971; 380 págs.

Magnífico este trabajo colectivo de un grupo de colaboradores del Instituto de Sociología y del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Marburgo. Hoy la ciencia política es incomprensible sin una crítica aguda de las actuales relaciones de dominación y de coerción. La ciencia política necesita desenmascarar el control de unos individuos por otros, la supeditación de la vida de las personas a unos procesos económicos de producción manejados por unos pocos, la estructuración de una consciencia social que asfixia la libertad humana en lo más íntimo de su ser. El poder, la dominación coactiva por los de arriba o la frustración y resignación de los más, no es un fenómeno *fatalmente inherente a la sociedad*, al menos en la forma que actualmente lo conocemos. El ha sido creado socialmente en beneficio y provecho de grupos determinados. El estudioso de la ciencia política no ha de contentarse con describirlo. Su labor investigadora va mucho más allá: averiguará las causas que lo originaron, los grupos que obtienen ventajas económicas y sociales del mismo, los sujetos sometidos a su yugo, las libertades humanas que son coartadas para merma del desarrollo autodeterminado de todos los individuos en el seno de la sociedad. Esto pretenden hacer los investigadores de Marburgo, pensando, ante todo, en la sociedad alemana actual.

La *democracia material* constituye para la nueva ciencia política un concepto rector. Hay que desterrar la democracia «formal» manejada por la politicología empírica norteamericana. El núcleo de la democracia reside en la igualdad material socialmente comprendida (pág. 25. Jörg Kammler: *Objeto y método de la ciencia política*). Al bienestar económico se añadirá la

ausencia de coacción; al progreso cultural la educación socializadora. Más que la libertad se busca el desarrollo autodeterminado del ser individual. Se teme el término «libertad». Su defensa sigue siendo el valor máximo que esgrimen las capas altas europeas. La educación y socialización de los jóvenes está sometida a esta norma. Sin embargo, el postulado de la libertad individual no puede ser en su sentido original un valor estabilizador de la sociedad capitalista burguesa, dado que su realización tendría que evitar la adopción irreflexiva de los principios económicos básicos, exponiendo así el sistema social a la crítica de sus miembros. Pero en la sociedad capitalista de nuestros días sí lo es, pues mientras el que objetivamente no es libre se crea subjetivamente libre, renunciará a tales críticas, a tales reivindicaciones, con lo que la sociedad mantendrá sus rasgos esenciales. La misma libertad actúa como vehículo de adaptación y de limitación (pág. 339).

Una pretendida neutralidad de la ciencia política respecto a los fenómenos de poder es ilusoria. Una crítica despiadada sin proporcionar soluciones de recambio es desesperante. Su labor no ha de ser únicamente de crítica destructiva de lo existente, sino igualmente de argumentaciones en pro de objetivos democráticos materiales.

La historia conoce muchos modelos de dominación pública. Conoce el liberalismo que enmascara la dominación de la clase burguesa, el fascismo que oculta la violencia del gran capital y del alto funcionariado, el comunismo que esconde la dictadura de la burocracia, el Estado social manejado por los altos tecnócratas y las grandes Empresas. ¡Qué ingenuas nos parecen hoy día las tesis del liberalismo! Algunos de sus postulados siguen aún, sin embargo, vigentes, como el de «un parlamento de representantes del pueblo encargados de expresar la voluntad general». Pero como este pueblo está fuertemente dividido por diferencias de clases la burguesía esgrime la tesis de que los parlamentarios han de representar la voluntad general y no obedecer a mandatos imperativos de sus electores. Es este un deseo que encontramos desde las constituciones liberales del siglo XIX, pasando por la Constitución alemana de 1919 (art. 21) hasta la actual ley Fundamental de Bonn (artículo 38).

La dominación que más preocupa es la ejercida por el *Estado social*. Este Estado es consecuencia, antes que de una reducción del poder del capitalismo, de las transformaciones operadas en la población activa trabajadora.

No nos dejemos engañar. Si el poder en nuestros días se reviste de una filosofía social aparentemente democrática, si este poder permite un mayor bienestar a las capas sociales modestas, no es como consecuencia de un cambio de mentalidad de las capas altas, sino del producto de una nueva reestructuración de la población activa. Por una serie de factores, desde principios

de este siglo se ha ido reduciendo constantemente el sector de la población activa que trabaja por cuenta propia. En la actualidad, en las sociedades industriales desarrolladas esta capa ya sólo llega al 20 por 100 de la totalidad de la población activa. La ampliación de los trabajadores por cuenta ajena es debido, ante todo, al amplio incremento del sector servicios. Mientras en 1882 sólo el 7 por 100 de la población laboral alemana pertenecía al sector de los empleados y funcionarios en 1950 esta participación era del 19 por 100. Frente a este fenómeno, el porcentaje de obreros en la población activa se mantiene estacionario, cuando no se ha reducido.

El poder estatal va a ser ahora ejercido por el alto funcionario, imbuido de la mentalidad propia de los empleados. A pesar de que también los funcionarios y empleados se ven precisados a vender su trabajo, esta nueva capa social desarrolló muy pronto una ideología estamental específica y reivindicó un mayor prestigio social frente a las masas obreras. Se trata de reivindicaciones basadas en privilegios laborales, verdaderamente mínimos, y en una ilusoria creencia en mejores posibilidades de ascenso. Muy alejada de su mente la idea de participar en la consciencia de la solidaridad proletaria, grandes partes de esta nueva capa social se declara partidaria de las estructuras jerárquicas de la sociedad capitalista industrial (pág. 101).

Las capas superiores en el «Estado social» esconden su dominación hablando de las libertades necesarias de las asociaciones y de la necesidad del respeto del pluralismo. Pero obsérvese bien que en el «Estado social» las asociaciones son, por lo general, personas de «derecho privado». Por lo tanto, siguen adscribiéndose a la sociedad a modo de esferas secretas que manipulan los resortes decisorios en lo político y en lo económico. Para poder enjuiciar la compatibilidad —formal y real— entre la influencia de las asociaciones y el orden constitucional democrático se precisan unas características diferenciadoras que desentrañen la esfera de las asociaciones. Es preciso distinguir las asociaciones según estén estructuradas de forma democrática o antidemocrática, y según su influencia en las decisiones políticas se efectúe de forma pública o no. Las democráticas y públicas gozan de todo el respeto de las modernas formas políticas; las antidemocráticas y secretas no tienen por qué ser protegidas por la sociedad.

Diversas transformaciones operadas en el Estado social respecto al liberal no tienen su razón de ser en las exigencias de la «eficacia y de ajuste a la nueva mentalidad de los pueblos», sino en las presiones ejercidas por influyentes grupos económicos para amoldar el Estado a sus pretensiones. En esta línea se configura el trabajo de Karsch y Schmiederer sobre *La evolución funcional del poder legislativo*.

Las múltiples instituciones heredadas de la Edad Media, basadas en el

poder normativo de los privilegios y en el derecho consuetudinario, sufrieron un gran debilitamiento con la aparición del poder público central. Las funciones normativas del derecho consuetudinario y de las instituciones no estatales fueron relegadas. El poder legislativo se concentra en la cúspide del Estado. La actividad de los jueces se redujo a la interpretación de las normas legislativas. Pero he aquí que a medida que los representantes parlamentarios eran propicios a las demandas de las clases modestas, el capitalismo organizado actuó más en torno al poder ejecutivo y a favor de una pérdida de autoridad y funciones del poder legislativo. Con ello quedó patente que tras la separación política entre el parlamento y el poder ejecutivo se ocultaba el antagonismo de clases y de grupos. Mientras la clase obrera no conseguía representar eficazmente sus intereses en el parlamento, el equilibrio político no se veía amenazado por el parlamento. Sin embargo, cuando el parlamento llegó a ser foro de las luchas de clases y podía ser instrumento de poder que se dirigiera contra los intereses económicos de las clases altas, ésta negó las atribuciones del poder legislativo y de la democracia (pág. 205).

Entonces se pide que también determinadas asociaciones tengan poder «normativo». Nace así una esfera «casi-autónoma» para un ejercicio «casi-político» del poder. Esta esfera dicta normas legislativas «supeditadas al parlamento». La independización de tales fuentes extraparlamentarias del Derecho se halla en correspondencia con el traslado de competencias del poder legislativo a la esfera de acción de las asociaciones, partidos y administración, con lo que se plantea la posibilidad de un control democrático (pág. 210). Estamos, pues, ante un proceso de privatización y refeudalización de la formación del Derecho, así como de pérdida de control del mismo por el parlamento democrático (pág. 211).

La solución non está en una rígida estructuración jerárquica de la sociedad que elimine la autonomía de todos los grupos, no está tampoco en una vuelta a un parlamentarismo democrático que velaría por el cumplimiento de la «voluntad popular» cuando sabido es que la vida es demasiado compleja como para poder ser dirigida y controlada por un solo órgano, no está en los órganos supremos de un partido único que velaría por el «bien general». Está en un proceso de democratización y socialización general que abarcaría el individuo hasta en lo más profundo de su ser. Una democratización en todas las esferas sociales que se asemeje a la predicada por Neumann para los partidos políticos; una socialización general que basase las relaciones humanas en la hermandad y la fraternidad y que nada tuviese que ver con la socialización comunitaria que en otras épocas se predicara en Alemania. Si se quiere en la actualidad conservar los partidos políticos alemanes,

debe asegurarse, además de la libre posibilidad de desarrollar nuevas ideas políticas, la *democracia interna* de cada partido. Para ello el trabajo de los partidos en todas las esferas (incluso en la financiación) ha de estar claramente expuesto para la comprensión de los electores y de los afiliados (pág. 272). Han de distinguirse los partidos de las agrupaciones basadas en la representación directa de intereses económicos o de otro tipo, no persiguiendo intereses meramente particulares, sino que sean globales para toda la sociedad. La democracia pluralista norteamericana falla precisamente en base a que no tiene auténticos partidos políticos.

Una *socialización* con independencia del sistema es imposible. Socializar significa inculcar normas y valores sociales a las generaciones siguientes, a través de las instancias educadoras de una sociedad. Toda educación sólo puede analizarse sobre el fondo de las condiciones de poder existentes en determinado momento, dado que sirve para inculcar las pretensiones sociales al individuo que vive en esta sociedad. Esta indisoluble interacción entre la educación y la estructura social habría de ser ilustrada con el ejemplo de la actual sociedad alemana del capitalismo desarrollado (pág. 349). La educación del futuro ha de comenzar, pues, con la transformación del sistema.

ANTONIO EZEQUIEL GONZÁLEZ

OTTO DE HABSBURGO: *Una política para el año 2000*. Ediciones Iberoamericanas, S. A. Madrid, 1969; 239 págs.

Simultáneamente en español, inglés, francés y alemán se publica este libro de Otto de Habsburgo, que es uno de los hombres que mejor conocen la condición actual de la política y que tiene, a nuestro juicio, una más clara visión de la realidad presente y de los valores que pueden salvar la sociedad del futuro.

Felizmente los documentados artículos de prensa del archiduque Otto de Habsburgo se prodigan en España y son todos ellos una lección ponderada y muchas veces una sangrante exposición de la ceguera internacional ante los acontecimientos mundiales y sus repercusiones y efectos. En notables conferencias, ya no tan frecuentes entre nosotros, ha manifestado sin reparo alguno las firmezas y también las claudicaciones de quienes —autoridades internacionales, gobernantes o pueblos— hubiesen evitado no pocos de los conflictos que dividen a las naciones y juegan con la vida de millones de hombres y de tantos valores que deben salvarse. Sus críticas, acertadas y aceradas, son siempre elegantes por duras que ellas sean, pero, tolerante con

las personas, es intransigente también en la afirmación de los principios. Y éstos son los que podrán orientar «una política futura» y los valores que deben configurarla y cuya realización ha de procurar.

Más que predecir, lo que pretende este libro es ofrecer soluciones y contribuir así a que «una política para el año 2000» sea una buena política.

Cinco capítulos tiene el libro: I. «Las corrientes económicas». II. «Sociedad en transformación». III. «¿Una nueva dirección del espíritu?». IV. «Crisis en el horizonte de las formas políticas». V. «El mundo organizado».

La necesidad de plantearse los problemas con antelación es más urgente hoy que en otros períodos menos turbulentos de la Historia; es natural el intento de hacerse una idea de lo que será la vida del futuro para el que hay que preparar a la próxima generación. Pero el estudio del porvenir «no es tan sólo un juego dialéctico, una consecuencia de la manía planificadora de que se acusa a los economistas; es también una acción política en favor de la paz y de la reconciliación».

El presente libro es el texto de una serie de conferencias pronunciadas por el autor en el Congreso de la Y. P. O. (Organización de jóvenes técnicos y jefes de Empresa americanos) celebrado en Méjico a finales de 1967.

Las corrientes económicas y la evolución de la economía a lo largo de los dos últimos siglos puede ser dividida, según el autor, en tres fases que en la perspectiva europea y americana (es decir, de los países más desarrollados) pueden fijarse: la primera, que ha durado hasta mediados del siglo XIX, era la fase agraria; la revolución industrial en la que las necesidades industriales determinan las tendencias económicas de los Estados, es la segunda fase; el año 1945, en el que coincidieron la terminación de la segunda guerra mundial y la explosión de la primera bomba atómica, «puede ser considerado como el comienzo de una tercera fase: la revolución tecnológica». La utilización de la energía nuclear para fines pacíficos es uno de los factores más importantes de la fisonomía de nuestra época. Los sistemas económicos, tan divergentes en esas tres fases, tienden hoy a acercarse. Y esta convergencia —que está sólo en sus comienzos— «será mucho mayor en el año 2000 y ejercerá una influencia más amplia en el pensamiento político de la generación llamada a ejercer el poder económico y político para aquellas fechas».

En la *sociedad en transformación*, al igual que la economía, también la política social atraviesa una fase de potente aceleración que produce una profunda influencia en nuestros días (la internacionalización de los problemas, los derechos humanos, la política social, la generalización de la enseñanza, el problema racial, la explosión demográfica, los medios masivos de comunicación).

Pero la experiencia enseña —dice el autor— que «todo diálogo político que busca profundidad acaba necesariamente en teología», porque la política como ciencia de la vida y de la sociedad tiene que ocuparse del fin de la existencia humana. Por eso «caminamos hacia una nueva dirección del espíritu en la que la ciencia y la moral reanudarán sus puntos de contacto». Los nuevos conocimientos científicos «han desmoronado el muro que separaba el mundo físico del mundo trascendental; han abierto así el camino que lleva a un Dios personal». A este respecto, subraya el autor, «es realmente significativo que mientras a finales del siglo XIX sólo unos pocos científicos se atrevían a confesar su fe religiosa, hoy apenas nos resulta posible encontrar un ateo auténtico entre los grandes espíritus».

Con gran agudeza y precisión analiza «uno de los fenómenos más importantes de nuestro tiempo», el desafío de la libertad expresado en el momento actual por las agitaciones que han conmovido a la juventud estudiantil de gran número de países y que, si han tenido diferentes manifestaciones externas, que varían según los países, han ofrecido siempre características comunes. Las reacciones suscitadas por estas agitaciones tienen un doble signo: «Una minoría clama por la policía y el fiscal»; en lado opuesto, «una gran mayoría se rinde sin lucha; aun en aquellos casos en que la agitación es obra de una insignificante minoría». Los cuadros de mando «han dejado de reaccionar, en buena parte, contra una provocación consciente, limitándose a escurrir el bulto o a clamar impotentemente». Aquel que ha perdido la conciencia de su propia misión no está ya dispuesto a correr riesgos por defenderla. Pero tampoco los agitadores tienen un ideario preciso: «reaccionan apoyados en sentimientos subconscientes que buscan una forma de expresión». Y esta «ausencia de una concepción definida», se refleja —según el autor— en el uso repetido de las citas de un Mao Tsé-tung que no son más que «un acervo de lugares comunes pomposamente expuestos». Y «no es menos significativo el recurso de la filosofía —enteramente negativa— del profesor Marcuse».

Nos parece muy certero y ponderado el cuadro que presenta el autor sobre este fenómeno al que llama «el desafío de la libertad». Pero, con todo, la actual revuelta de la juventud con su negación muchas veces apasionadamente exagerada de todos los valores convencionales, «no puede ser rechazada sin más contemplaciones», si, efectivamente, a través de ella se expresa la voluntad humana de libertad (pero libertad no sólo para los voceadores de la libertad que, de hecho, se la niegan casi siempre a los demás) en un orden social y económico que limita constantemente el espacio del individuo en beneficio de la colectividad.

En este sentido considera el autor como «uno de los problemas más deci-

sivos de nuestro tiempo el de cómo preservar al hombre y su dignidad humana en medio de la vorágine de sus propias invenciones»; condicionado por el ambiente y por la tecnología «experimenta el deseo de seguir siendo el rey de la creación y no convertirse en un apéndice de las máquinas». Porque la política no está influida exclusivamente por la economía y el progreso social. Depende también, esencialmente, de las ideas y la visión que el hombre tiene del sentido de su vida sobre la Tierra; expresa la voluntad de que el hombre sea y esté en el centro de todas las cosas superando así la mentalidad materialista.

El Estado, que es la estructura política de una sociedad es, o debería ser al menos, un reflejo de las realidades internas de la vida de la comunidad. Los condicionamientos económicos, la estructura social y el talante espiritual son los fundamentos a los que las instituciones políticas debe proporcionar un instrumento útil que «les permita expresarse y autorrepresentarse». Sin embargo, las formas estatales se quedan casi siempre relegadas respecto de la realidad socioeconómica, sobre todo en épocas de evolución vertiginosa como en nuestros tiempos en que es fácil constatar que la discrepancia es particularmente acentuada. Así, «mientras que los países desarrollados están ya de hecho profundamente influenciados por la revolución técnica, su estructuración política se remonta, en la mayoría de los casos, al siglo XIX». Todavía —dice O. de Habsburgo— no hemos hallado una forma adecuada para la *res publica* de la época de la energía atómica y de la sociedad industrial sin clases. «En la mayoría de los países, en los europeos sobre todo, radica aquí la verdadera causa de la insatisfacción general, de la contradicción creciente entre lo que se dice y lo que se hace, entre el texto de la ley y su aplicación práctica, por lo que los pueblos se ven obligados a completar y renovar casi ininterrumpidamente sus Constituciones».

Pero aun cuando el espacio político sigue anclado todavía en las formas del siglo XIX, un cierto número de nuevas fuerzas irrumpen hoy a una con la revolución socioeconómica. En nuestros días observamos la presencia en escena de lo que Milovan Djilas ha llamado la «nueva clase». El proceso de feudalización —o «neofeudalismo», como le llama el autor— es más palpable en las democracias populares que en Occidente. Pero también aquí surge, en el seno de los partidos políticos, de la economía, de los sindicatos y de la alta burguesía, una nueva clase dominante; «entre los países actualmente sometidos a un proceso de feudalización, el caso más interesante es el de la Unión Soviética» en donde «la élite del régimen comunista es algo inferior al 3 por 100 de la población total», y «cuanto más se avanza hacia el Este, mayores son las ventajas de los oligarcas respecto del resto de los ciudadanos». En Occidente, el poder comienza a desplazarse desde las corporaciones oficiales cons-

titucionales a organismos paralelos, y esto, al igual que la alta burocracia, «están en gran medida en manos de personas que desarrollan una nueva conciencia de clase, que no hace sino reforzar su posición frente a la colectividad».

Este proceso de feudalización se da también —según el autor— en los partidos políticos. En las naciones con sistema de monopartido puede comprobarse, sin ninguna dificultad, la feudalización en la única organización política admitida. Pero mucho más instructivo y significativo es lo que acontece en las democracias pluralistas con la aparición de «dinastías políticas», los poderosos «clanes» que con la ayuda de ingentes recursos materiales y mediante la formación de una auténtica *élite* de cuadros de mando, «se alzan poco a poco partidos dentro del partido, con la palmaria intención de apoderarse, al fin, de la organización total» (cita el autor el clan Kennedy y la influencia de los Rockefeller). En Europa, con unos movimientos políticos heredados del pasado, la evolución ha seguido otros derroteros y se expresa en la renuncia a las ideologías dentro de los partidos. Actualmente los cristianos-demócratas y los socialistas (después de la decadencia de los conservadores y liberales), «buscan, con éxito vario, liberarse de su fondo ideológico», pretendiendo disponer de una base lo suficientemente sólida para suplir la ausencia de una vinculación ideológica. En Europa, como en América, cuanto menos se comprometen los partidos en la defensa de unas ideas o principios políticos fundamentales, más se proponen como finalidad propia conquistar y retener el Poder.

Después de constatar el autor el «ocaso de los Parlamentos», afirma que un cambio, y ciertamente no pequeño, en la estructura política de los Estados, es el que está indicado por la crisis de la doctrina de Montesquieu sobre la separación de poderes. El poder legislativo, en su forma actual, «pierde terreno». En todas partes, hasta en las más arraigadas democracias, el poder ejecutivo «pasa a recuperar el primer puesto». Pensar hoy en una decisión colectiva «es ilusorio». En el pasado, los Parlamentos podían reunirse para decidir sobre la paz o la guerra. «Hoy ya no hay tiempo para ello». La palabra definitiva de la Humanidad, para bien o para mal, está en una sola persona; al jefe del poder ejecutivo se le atribuye en las grandes potencias —y el día de mañana probablemente también en las potencias intermedias— un papel tan excepcional que, lo quiera o no, esté consignado en la Constitución o no lo esté, él, y lo que representa, se convertirán en un poder absoluto. Pero la crisis que padece actualmente el principio montesquiano de la separación de poderes podría ser superado; el sistema podría reaparecer bajo una modalidad nueva, que nos llevaría a aquella forma mixta de Estado de que hablaba ya Edmund Burke.

Es preciso —dice el ilustre autor— integrar dentro del Estado moderno las fuerzas corporativas y feudalizantes en evolución y acomodar las formas políticas a las condiciones de la sociedad actual. Es preciso, asimismo, una colaboración organizada entre la ciencia y la política, y si esta colaboración es ya hoy necesaria, en el año 2000 será una cuestión de vida o muerte.

Es preciso que la Humanidad, antes de creer en un «mundo unificado», piense en poner en práctica lo que se podría llamar «mundo organizado» en el que los países avanzados deberían afrontar, con criterio unificado, sus comunes responsabilidades frente a los países subdesarrollados. Nadie puede pretender hoy día salvarse por sus solas fuerzas. O la salvación se consigue mediante la colaboración de todos o no se consigue de ninguna manera. En otros términos: hay que elegir entre un mundo organizado para el año 2000 o un punto final sangriento de la historia de la Humanidad.

Pero todas las reformas políticas y económicas, con ser importantísimas, no bastan. Las auténticas reformas sólo serán efectivas si se apoyan en una base ética y espiritual. Sólo así, podrán prestar a las naciones libres la fuerza suficiente para encauzar los problemas de la edad atómica y de la revolución técnica. Y también para una buena política del año 2000. Y de siempre.

EMILIO SERRANO VILLAFANE

MANUEL NÚÑEZ DE ARENAS y MANUEL TUÑÓN DE LARA: *Historia del movimiento obrero español*. Ed. Nova Terra. Barcelona, 1970.

¿*Historia del movimiento obrero español*? ¿Responde, en rigor, el título editorial del libro al contenido real de sus páginas? Dicho de otro modo: ¿puede escribirse hoy una historia del complejo movimiento hispano en algo más de doscientas páginas? La pregunta así planteada no es, según pensamos, ni ociosa ni inoportuna, pero pasando de la anécdota a la categoría, habría de ser corregida de la siguiente y más comprensiva forma: ¿resulta útil y necesaria una apretada síntesis histórica cuando no existen bases o apoyaturas monográficas en qué poder asentarla sólidamente? La contestación a este mayúsculo interrogante no puede ser, a nuestro entender, sino afirmativa. He aquí, muy sumariamente, expuestas las razones de este aserto: la labor sintética comporta, sin basamento monográfico, serios y peligrosos riesgos. Esto es indudable. Pero, con todo, cumple una función no sólo importante sino, además, necesaria e insoslayable: la de abrir el paso a los estudios concretizados, la de suscitar, desde su misma precariedad, hipótesis

inéditas, la de sugerir, o incluso señalar, campos necesitados de un más profundo ahondamiento. En alguna medida, bien es cierto, la tarea sintética se torna, desde tales condiciones, en algún modo provisional y sujeta a múltiples revisiones. Mas su validez *hic et nunc* es incuestionable. La cuestión es, bien mirado, tanto más importante cuanto que esta polaridad síntesis-monografía, se encuentra hoy a la base misma de la historiografía social y económica de la España contemporánea. Libros como el de Jutglar (*Ideologías y clases en la Edad Contemporánea*) o como éste recién aparecido de Núñez de Arenas y Tuñón de Lara, plantean, de nuevo, el dilema con auténtica significatividad. Hecho este *excursus*, necesario para encuadrar el texto en su verdadero contexto, pasemos a analizar algunos de los puntos más interesantes. Vaya por delante que no se trata de una publicación homogénea sino de dos trabajos distantes en el tiempo aunque, bien es verdad, armónicamente enlazados por cuanto el estudio de Tuñón se hace *a partir de* el de Núñez de Arenas, esto es, con un declarado propósito continuador y de puesta al día.

Resultaba, hasta el momento, muy difícil hallar las «Notas sobre la Historia del movimiento obrero español» que don Manuel Núñez de Arenas diera a las prensas allá por 1917 como anexo al conocido libro de Renard *Corporaciones, Sindicatos y Trade Unions*. En este sentido, la presente edición de Nova Terra del «notabilísimo apéndice» (Morato) de Núñez, tiene el inmenso valor de todas las reediciones: poner en contacto y al alcance de las nuevas generaciones un texto básico y perdido de nuestro pasado que aunque anticuado tal vez en su concepción metodológica, permanece insustituible como aportación a un período de nuestra Historia tan escasamente estudiado. Estas son las palabras del propio autor, consciente él mismo del vacío: «El período de la historia del movimiento obrero (español) que comienza el año 1836 y termina en 1868 es, quizá, de toda la parte moderna lo más inexplorado y lo más interesante» (pág. 24). La rotunda aseveración de don Manuel sigue teniendo, pese a los años transcurridos y desgraciadamente, plena actualidad y vigencia en 1971. Visto el problema desde este ángulo recuperador no se puede, pues, sino agradecer a Nova Terra y a Tuñón de Lara que hayan puesto en nuestras manos las célebres y aún importantes «Notas» de Manuel Núñez de Arenas. Llevando las cosas hasta el límite, cabe afirmar que éste, un ilustre desconocido, ha llegado, como quien dice, hasta nosotros. Señalemos, antes de adentrarnos en el libro, algunas claves necesarias para situar justamente la personalidad intelectual de Manuel Núñez de Arenas.

Manuel Núñez de Arenas (1886-1951) ingresa en el partido socialista obrero español en 1909, siendo ya licenciado en Filosofía por la Universi-

dad Central. Tenía, pues, sólo veinticinco años en la fecha de su ingreso en el partido socialista. El dato, pese a su aparente adjetividad, es importante, por cuanto Núñez de Arenas constituye una cierta excepción a la regla. En efecto, como se sabe, la mayor parte de los intelectuales adscritos al socialismo español con carácter militante e inequívoco, pasaron a engrosar las filas del histórico partido cuando se hallaban ya en plena madurez biográfica. Baste citar a De los Ríos o Besteiro, representantes preclaros del llamado «socialismo de cátedra» como muestras de una muy larga nómina. Prósigamos la trayectoria Núñez. Dos años después de su ingreso (1911) funda la muy famosa y poco estudiada Escuela Nueva, que luego, más tarde, se autodefiniría como «Escuela de Estudios Socialistas» y cuya labor es fundamental para un cabal y completo entendimiento de la historia cultural de nuestra España contemporánea. Pasar somera revista a las actividades, fines, proyectos e influencias de la Escuela Nueva queda forzosamente fuera de los estrechos límites de esta recensión. Pero, con todo, no podemos sino apuntar el vacío gigantesco que a estas alturas supone el desconocimiento monográfico de la Escuela Nueva. Tuñón ha dedicado magníficas pero insuficientes páginas al tema en su «Medio siglo de cultura española», y allí mismo nos promete un estudio específico y amplio sobre Núñez de Arenas. Nadie como él puede llenar este vacío. Sólo nos resta esperar que su promesa se cumpla lo antes posible.

La figura de Manuel Núñez de Arenas se perfila desde la creación de la Escuela Nueva no tanto como la de un técnico cuanto la de un intelectual comprometido en la acción cotidiana. Núñez de Arenas no es, pues, un historiador ni incluso un escritor profesional al modo, por ejemplo, de Juan José Morato. Hombre de talante organizativo, de inquietud más literaria que filosófica, su verdadera significación histórica estriba en las empresas culturales que de él partieron, por un lado, y en su interesante labor pedagógica, por otro. Admirador de Jaime Vera, el gran teórico de nuestro primer socialismo, para él, como para su ilustre correligionario, la cultura era transformadora sólo en la medida en que se aplicaba como inequívoco instrumento a la acción. Acción, pues, no ciega sino, al decir de Vera, inteligente. Núñez de Arenas, que no temió mancharse las manos en la acción, padeció los riesgos que su peculiar concepción del mundo entrañaba en la España del siglo XX. En este sentido cabe decir que fue un testigo activo, un protagonista directo. Partidario de la radicalización del partido socialista obrero español, entró a formar parte, como miembro fundador, del partido comunista español. Encarcelado en varias ocasiones sufrió en su propia carne el dolor del exilio durante la Dictadura de Primo de Rivera, primero, y tras la guerra civil después y, como tantos otros, murió lejos de su patria, en el

París donde ejerció el magisterio durante los últimos lustros de su agitada e incómoda existencia.

Estas «Notas» de Núñez de Arenas no poseen un carácter exhaustivo. Constituyen, por el contrario, un esbozo inicial de una tarea infinitamente más compleja: el estudio de nuestro movimiento obrero. El enunciado plantea ya serios problemas de interpretación: ¿cuándo puede hablarse, en rigor, de movimiento obrero?, ¿desde qué momento surge el proletariado como movimiento, es decir, como clase social dotada de autoconciencia colectiva y constituida para sí dicho en términos estrictamente marxianos? Núñez de Arenas no se plantea el interrogante: salta por encima de él y pasa a descubrir la idea del «obrero» español desde los gremios a su configuración en torno a la I Internacional. Sus reflexiones tienen indudable importancia por cuanto apenas se sabe nada respecto a los problemas del trabajador español antes de la restauración canovista. Núñez de Arenas maneja datos de primera mano, estadísticas —poco fiables en su mayoría, pero importantes como aproximación inicial—, folletos, hojas volanderas. Su metodología es, claro está, anticuada, de mera descripción, aun cuando, con todo, la concepción crítica de Núñez de Arenas le aleje de una visión meramente plástica y adjetiva, tratando de dar con las claves sociohistóricas de los hechos. A caballo entre la historia social y la espectacular, las páginas de estas «Notas» adquieren valor de fundamentales cuando se trata de analizar el socialismo utópico español, hoy más familiar merced a la labor de Antonio Elorza, pero casi totalmente desconocido hace unos pocos años. El conocimiento que Núñez de Arenas poseía de Ramón de la Sagra, al que dedicó una espléndida tesis doctoral, le sirve, sin duda, para trazar, en pocas líneas, un panorama sobremano totalizador del impacto fourierista y cavetiano en la España de 1850. Las «Notas» de Núñez se hallan completadas de manera a veces demasiado exhaustiva (hasta el punto de dificultar la lectura por impecables anotaciones de Tuñón quien —no vamos a descubrirlo a estas alturas— posee un auténtico arsenal de datos sobre el tortuoso siglo XIX hispano. La labor de Tuñón de Lara en esta primera parte es esencial. Uno llega a preguntarse sobre la necesidad de dar a la publicidad las «Notas» en un volumen colectivo cuando Tuñón hubiera podido muy bien reescribir desde hoy estas páginas históricas perdidas. En cualquier caso la labor de Tuñón ha sido la de servir con humildad al texto de su maestro, proyectándole en la actualidad historiográfica con una puesta al día rigurosa.

La figura de Manuel Tuñón de Lara es bien conocida para todos aquellos que, desde una u otra perspectiva, se interesan por nuestros siglos XIX y XX. Sus panorámicas de ambos períodos son un friso completo —a veces parcial pero casi siempre lúcido— de la larga serie de causas y concausas

que incidieron en la permanente crisis político-social hispana. La metodología empleada por Tuñón para sus análisis históricos globales resulta en alguna medida anticuada y lineal, aun cuando su interés, tanto por los aspectos sobreestructurales como infraestructurales, de nuestra historia más actual, les confieren un tono a menudo sugestivo y totalizador. Preocupado desde hace unos años por los problemas del Poder, Tuñón ha vuelto los ojos a la sociología política y de ella —sobre todo de Wrigth Mills— extrae ahora muchas más sutiles categorías analíticas. A nuestro modo de ver, Tuñón de Lara atraviesa, desde la publicación de *La España del siglo XX*, un momento de transición intelectual que puede ser muy fecundo. Conocedor, como pocos, de la intra historia española. Tuñón de Lara, profesor hoy de Historia y Literatura en Pau, la adopción de las medidas hoy urgentes en las ciencias sociales y humanas puede proporcionar serios y profundos estudios monográficos sobre la realidad histórica de nuestros siglos XIX y XX. Su libro sobre el problema del Poder en la guerra civil debe ser el primer fruto sazonado de este deliberado giro. La lucidez y capacidad intelectual de Tuñón son incuestionables y en él tiene la historiografía hispana actual uno de sus más firmes puntales.

Poco trabajo le ha debido suponer a Tuñón redactar la continuación de las «Notas» de Núñez de Arenas. Y ello, según pensamos, no tanto en atención al valor intrínseco de sus páginas cuanto por su anterior dedicación al tema a un nivel más monográfico. Apenas hay en esta breve y sustanciosa panorámica de los avatares de nuestro movimiento obrero datos inéditos ni apoyo frontal especial. Pero, con todo, el texto es aquí y ahora importante toda vez que sus anteriores libros, publicados fuera de España, no han alcanzado, por obvias razones, un eco mayoritario. A muchos parecerá tarea menor o superficial este estudio tan abarcativo y sintético, pero lo que en ningún caso puede negarse a Tuñón es el mérito de haber adoptado una postura equilibrada: apenas si falta nada sustancial. En efecto, corre por todas las páginas de su estudio un propósito equilibrador: un ponerse con humildad al servicio del tema en toda su amplitud. El autor no se deja sorprender por las fases brillantes, susceptibles de enfoques más luminosos que el resto; esboza más que dibuja. Sus páginas son más borradores sugestivos que toscos y cerrados esquemas. Vaya como botón de muestra un ejemplo: su análisis del primer socialismo español y del famoso y poco estudiado «Informe del doctor Vera». Consciente Tuñón de lo impropio que en el contexto del libro resultaría levantar una hipótesis elaborada sobre el fenómeno Vera-Iglesias, apunta, con afán sugeridor, la clara divergencia habida en el seno del socialismo entre *praxis* político sindical y creación teórica. ¿Las razones? Este ya es un problema estrictamente monográfico. Los

ejemplos podrían multiplicarse. Bien venida sea, pues, esta sucinta historia del obrerismo español siempre y cuando sepamos enmarcarla en sus verdaderas dimensiones historiográficas. El lector no especializado puede encontrar en ella una panorámica lo bastante real como para justificar su elogio y el especialista que se acerque hasta él sin demasiados prejuicios hallará una fuente de sugerencias sin duda aprovechables. Lo realmente pavoroso de este tipo de libros es que están montados sobre un presente hartó movedizo; toda su proyección futura reside en la mera posibilidad de suscitar y sugerir. He aquí su mérito y su servidumbre.

MARCOS SANZ AGÜERO

